

# DOÑA INÉS DE CASTRO.

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS.

ESCRITA EN FRANCES

POR M. HOUARD DE LA MOTTE,

traducida y acomodada al teatro español:

*Representada por la primera vez en  
Madrid en el teatro del Principe en  
setiembre de 1826.*

MADRID, 1826.

IMPRESA DE D. MIGUEL DE BURGOS.

PERSONAS.

ACTORES.

D. ALFONSO, <i>el justiciero</i> , Rey de Portugal.	} Señor Joaquin Caprara.
LA REINA.	} Señora Rosa Peluffo.
DOÑA CONSTANZA, hija de la Reina.	} Sra. Joaquina Baus.
DON PEDRO, hijo del Rey.	} Señor Carlos Latorre.
DOÑA INÉS DE CASTRO, dama de la Reina.	} Señora Concepcion Rodriguez.
D. RODRIGO, Príncipe de la sangre de Portugal.	} Señor Santiago Casanova.
D. ENRIQUE, Grande de Portugal.	} Señor Antonio Silvostrì.
EL EMBAJADOR del Rey de Castilla.	} Sr. Luis Fabiani.

DOS GRANDES DE PORTUGAL.

D. FERNANDO, criado de D. Pedro.

DOS NIÑOS Y SU NODRIZA.

CORTESANOS.

GUARDIAS.

*La escena es en Lisboa, en el palacio de don Alfonso.*



# ACTO PRIMERO.

---

## ESCENA I.

*El Rey, la Reina, doña Inés, don Rodrigo, don Enrique, cortesanos.*

**EL REY.**

Don Pedro no me sigue! Su modestia  
Sin duda le prohíbe ser testigo  
De la fama debida á sus hazañas.  
Vos, cuya sangre, noble don Rodrigo,  
Se interesa en su gloria; y vos, Enrique,  
Que habeis con él triunfado y combatido,  
Ayudadme á gozar de su grandeza  
Y á admirar su valor y su heroísmo.  
Vos, señora, del ínclito Fernando  
Ved el Embajador.

---

1 A la Reina.

a 2

721079

## ESCENA II.

*Los precedentes, el Embajador de Castilla  
y su séquito.*

EL EMBAJADOR.

De vuestro hijo

Las gloriosas proezas son tan gratas  
A toda la Castilla como han sido  
Al mismo Portugal. El Rey Fernando  
Participa, Señor, del nuevo brillo  
De vuestro augusto trono, y por mi boca  
Os manifiesta el sumo regocijo  
Y la satisfaccion que experimenta.  
En vuestro sucesor esclarecido  
Os veis reproducir. Señor, ¡cuán dulce  
Es á los grandes Reyes tener hijos  
Que en gloria y en virtudes les igualen;  
Y el honor de mil lauros adquiridos  
En sangrientas batallas, confiado  
A tan valientes manos, trasmitirlo  
A la posteridad! No bien don Pedro  
De la infancia salió, cuando á los filos  
De vuestro acero vió caer deshechas  
Las huestes sarracenas, destruidos  
Sus baluartes, sus lunas arrolladas,  
Y vuestros campos en su sangre tintos.

Vos trazásteis, Señor, la noble senda  
 Que á la inmortalidad le ha conducido.  
 Vuestro rayo en sus manos invencibles  
 Funesto ha sido al africano impío.  
 A su vista los bárbaros se aterran.  
 En torpe fuga de su brazo invicto  
 Huye el que puede; el que resiste cae,  
 Y el carro vencedor sigue cautivo.  
 Señor, los intereses de Castilla  
 A los de Portugal están unidos,  
 Y ella misma triunfante se contempla  
 Viendo triunfar á Alfonso y á su hijo.

## EL REY.

No es sola la amistad la que me liga  
 A vuestro Rey. Desde su trono al mio  
 Ha pasado su madre. Otro himeneo  
 Acabará de unir nuestros destinos  
 Enlazando á mi hijo con su hermana,  
 Como fue en los tratados convenido.  
 Harto lo han retardado los horrores  
 De los combates; pero en fin hoy mismo  
 Se celebra; y el júbilo y la gloria  
 Se verán en Lisboa confundidos.  
 Partid pues, y al Monarca castellano  
 Haced saber de Alfonso los designios.  
 Decidle que este plácido himeneo  
 Va á premiar de don Pedro los servicios.

71 *la reina Ines (6)*  
ESCENA III.

*El Rey, la Reina, doña Ines.*

EL REY.

Sí señora : la suerte de Constanza  
Se va á fijar. Es cierto que debimos  
Celebrar en un dia las dos bodas ;  
Pero entonces no pude al hijo mio  
La gracia rehusar que me pedia  
De lidiar con los fieros enemigos  
De Portugal. Yo mismo armé su diestra  
Y animé su valor. Si ha diferido  
El alto honor de recibir la mano  
Y la fe de Constanza, su designio  
Fue volver á sus plantas victorioso,  
Digno de ella y de mí. Yo por un hijo  
Me privé de vencer. Gracias al cielo  
Excedió á mi esperanza su heroismo.  
Los africanos mi clemencia imploran :  
La mitad yace en oprobiosos grillos,  
El resto tiembla, y aun respira apenas  
En sus vastos desiertos guarecido.  
A tan dulce placer yo me abandono  
En tanto que asombrados del prodigio  
De su valor mis súbditos le aplauden  
Y como á Rey le aclaman. Sí: él es digno

De toda la ternura de Constanza.  
 Este dulce himeneo, yo lo afirmo,  
 A mi hijo y á mi pueblo hará dichosos:  
 Unico objeto de los votos míos.

LA REINA.

Señor, la indiferencia de don Pedro  
 Me inquieta á mi pesar. Algun motivo  
 Secreto le retrae de este enlace.  
 Al lado de mi hija yo le he visto  
 Desdeñoso, violento. De su boca  
 Una expresion de amor nunca ha salido.  
 Ni siquiera parece haber notado  
 Su beldad. ¡ Ah Señor! Si vuestro hijo  
 Resistiera....

EL REY.

¡ Recelos importunos!  
 Excusad la fiereza de un caudillo,  
 De un héroe naciente todavía  
 De su primer victoria envanecido.  
 Bien pronto esa altivez, ese entusiasmo  
 Sujetará el amor á su dominio,  
 Y de un dichoso nudo el alto precio  
 Conocerá mejor.

LA REINA.

Os lo repito:

Yo temo sus desprecios. ¿ Por qué causa  
 Honrar con su presencia no ha querido  
 Del castellano embajador la audiencia?

No lo dudeis, Señor: huye de oiros  
 Recordar un tratado que no puede  
 Sellar su corazon fiero y esquivo.  
 Si él resistiera....

EL REY.

¿Qué decís, Señora?  
 Don Pedro resistirme! ¡O Dios! ¡Me irrito  
 Tiemblo de imaginarlo! Si él osára  
 Ultrajar de ese modo á un Rey benigno,  
 A un padre bondadoso.... ¡Desgraciado!  
 Yo le haria sufrir todo el castigo  
 Que merece un rebelde. Si el orgullo,  
 De su triunfo le arrastra á ese delito,  
 Yo le haré conocer que de las leyes  
 No le exime la gloria que ha adquirido,  
 Ni el valor, ni la sangre. Si á mi lado  
 Le admira Portugal, su alto destino  
 Le obliga á dar ejemplo de obediencia  
 Como primer vasallo, y es preciso  
 El mas reo, el mas pérfido juzgarle,  
 Si no es por su desgracia el mas sumiso.  
 Pero, Señora, lejos de nosotros  
 Tan siniestras ideas. Mi designio  
 A la Princesa anunciaré. Don Pedro....  
 Sabe que soy su Rey: bastante os digo.



## ESCENA IV.

*La Reina , doña Inés.*

## LA REINA.

Tú acabas de escuchar mis justas quejas,  
 Inés, y de mi esposo ya has oído  
 La determinación. Tú del arcano  
 Que causa mi inquietud y mi conflicto  
 Me puedes informar, pues del Infante  
 Gozas la confianza. Yo le he visto  
 Siempre contigo afable y complaciente.  
 Si honra mi corte, siempre distraídos  
 De otro objeto sus ojos, nada buscan,  
 Nada ven sino á Inés... Dime, te pido;  
 ¿En qué consiste que don Pedro solo  
 De Constanza no vé los atractivos?  
 Dí: ¿qué funesto misterioso velo  
 Tanta belleza oculta á sus sentidos?  
 ¡Ah! Jamas el orgullo de una madre  
 Se ha fundado mejor. De mi cariño  
 Cuantos ven á Constanza participan.  
 Tantos dones en ella reunidos;  
 Sus virtudes, su cándida modestia  
 ¿No podrán preservarme del suplicio  
 de verla despreciada?

INÉS.

¡Qué, señora!

¿Tan feroz á don Pedro habeis creído  
 Que pueda rehusar sus homenages  
 A tan rara beldad? No me permito  
 Penetrar sus secretos; pero siempre  
 Que me habla de la Infanta sus hechizos  
 Admira, sus virtudes reconoce,  
 Y como vos la alaba.

LA REINA.

¿Y no ha podido  
 Decir á nadie sino á tí que la ama?  
 ¡Guárdate de engañarme! Te lo aviso;  
 ¡Guárdate de mi cólera!— El ingrato  
 No ama no á la Princesa: ya está visto.  
 A quien ama es á tí.

INÉS.

¡A mí, Señora!

LA REINA.

Sí; á tí. Tú de sus bárbaros desvíos.  
 Eres sola la causa. Si pretendes  
 Desmentirme, abandóname el indigno  
 Objeto de su amor y de la fiera  
 Implacable venganza que respiro.  
 Solo puedes así justificarte  
 Y evitar el horror de tu suplicio.

ESCENA V.

DOÑA INÉS.

O cielo! ¿qué he escuchado? ¡Qué terrible  
Tempestad me amenaza! No hay arbitrio.  
Todo debo esperarlo de sus iras.  
Ah! si solo temiera mi exterminio....

ESCENA VI.

*Doña Inés, don Pedro, don Fernando.*

INÉS.

Príncipe amado, oid mi desventura.  
Mas yo tiemblo. Si somos sorprendidos....

DON PEDRO.

Don Fernando, observad si alguno viene.  
¿Qué infortunio me anuncia repentino  
Ese rostro de lágrimas bañado?  
Habla: ¿qué pena.....

INÉS.

Príncipe querido,  
Vuestra esposa es perdida.

DON PEDRO.

¡Tú perdida!

¿Y por qué ese terror?

INÉS.

El amor mio

Bien previó estos momentos de amargura  
 Cuando mi mano os dí: Mis vaticinios  
 Van á cumplirse. El Rey ha decretado  
 El himeneo de Constanza. Hoy mismo  
 Os pretende estrechar á consagrarla  
 Vuestra fe en los altares. ¡ O martirio!  
 El ignora el obstáculo invencible  
 Que se opone á tan duro sacrificio.  
 Por colmo de desdichas ya la Reina  
 Me sospecha, señor. Si hubiérais visto  
 Su rabia, sus violentas amenazas  
 Contra el objeto á quien el cielo quiso  
 Honrar con vuestro amor. ¡ Ay! ¿ á qué excesos  
 Ese furor zeloso y vengativo  
 No es capaz de arrastrarle, si una esposa  
 Halla en vez de una amante? ¿ Qué otro arbitrio  
 Sino la muerte bastará á vengarla  
 Y al bárbaro placer de desunirnos?

DON PEDRO.

Cálmate, amada Inés. Esos temores  
 Me ofenden. ¿ Qué venganza, qué peligros  
 Puedes temer, cuando mi amor, mi brazo  
 Guardan tu amable vida?

INÉS.

¿ Habis creído

Que yo temo por mí? No, caro esposo,

Juzgad mejor de Inés. De ese amor mismo  
 Que os merezco dimanar mis temores.  
 Yo sé cuanto dolor, cuanto conflicto  
 Mi muerte os causaría, y vuestra pena  
 Me aflige mucho mas que el riesgo mio.  
 Vos lo sabeis: la plácida esperanza  
 De reinar algun dia no me hizo  
 Apetecer, señor, vuestro himenéo ;  
 Y si en violar la ley he consentido  
 Que semejante enlace califica  
 De un rebelde atentado, á este delito,  
 Vos lo sabeis, vuestro interés tan solo  
 Me pudo conducir. Siempre oprimido  
 De tristeza y pesar os contemplaba.  
 Cien veces despechado el hierro impío  
 Quisísteis asestar á vuestro seno.  
 Ceder á tantos ruegos fué preciso  
 Y aventurarme á todo por salvaros.  
 No me arrepiento: el cielo me es testigo:  
 Sobre el cadalso mismo entre tormentos,  
 Si á mí sola alcanzase mi castigo,  
 Si con él vuestra dicha asegurase  
 Me veríais alegre bendecirlo.

DON PEDRO.

¡ Ah ! No es menos ardiente y generosa  
 La pura llama que en mi pecho abrigo.  
 Ser tu esposo es mi gloria y mi delicia.  
 Bien sé cuanto te debo: no lo olvido.

¿Y qué no haré por tí? ¿Quién será osado  
 A ofenderte? ¿El menor de tus suspiros  
 Qué de sangre costára! no hay respetos  
 Despues que para siempre nos unimos  
 Que al amor conyugal ceder no deban;  
 Y mi justo furor.....

INÉS.

¡Tiemblo de oiros!

Si de veras me amais, tened presente  
 Aquella gracia que mi fiel cariño  
 Os pidió el mismo dia venturoso  
 Que mi esposo os llamé. ¿La habeis podido  
 Olvidar? Humillada á vuestras plantas  
 Os conjuré, señor, entre gemidos  
 A serme fiel, á nunca haceros reo,  
 Por mas grave que fuera mi peligro,  
 De una guerra inhumana y parricida,  
 Y á vuestro Rey.....

DON PEDRO.

Yo..... nada he prometido

Me eres de mucho precio, y por salvarte  
 Nada respeto, á todo me decido;  
 Mas tu seguridad es lo primero.  
 Huye, querida esposa. Yo no vivo  
 Viéndote amenazada. Prevengamos  
 La alevosa traicion. Lleva contigo  
 De nuestro casto amor las dulces prendas.  
 Huid, huid de este fatal recinto....

Mi respuesta á las órdenes que espero  
 Va á enfurecer á Alfonso. Ya vencidos  
 Los agarenos, ¿qué pretexto queda  
 A mi tenaz repulsa? ¿qué partido  
 He de tomar? Forzoso es declararle  
 Que al pactado himenéo no suscribo,  
 Ni puedo suscribir. Yo le conozco:  
 Es inflexible. El bien estar de un hijo  
 No dudará inmolar á su tratado.  
 Y si al fin, indagando los motivos  
 De tanta obstinacion, la Reina sabe  
 Nuestro secreto enlace... ¡Ah! me horrorizo.  
 Mi padre, no lo dudes, tu garganta  
 Entregaría al bárbaro cuchillo,  
 Y yo desesperado..... Huye, infelice,  
 Libértame de tan atroz martirio.  
 Huye.

INÉS.

Me perdería con la fuga.

Lo que ocultar debemos con sigilo  
 Descubriría entonces. Yo prefiero  
 Aquí permanecer. Pero es preciso  
 Armarnos de constancia, y disipando  
 Toda sospecha, hacer el sacrificio  
 De no vernos, señor, hasta que luzcan  
 Dias mas venturosos y tranquilos.

DON PEDRO.

Yo lo consiento á mi pesar. Alfonso

Va á escuchar mi repulsa. Solo exijo  
De tí que no en tu rostro manifiestes  
El menor interes....

INÉS.

¡Oh Dios! ¿qué auxilio  
De mi débil razon esperar puedo?  
Yo que apenas el júbilo reprimo  
Al oir vuestro nombre!

DON PEDRO.

¡Adios! Descansa  
En la fe de mi amor constante y fino.  
Solo la muerte separarnos puede.  
En tus brazos la juro.... ¡Adios, bien mio!

INÉS.

¡Adios! —! ¡Ah! ¡Con qué pena me separo!  
¡Para siempre tal vez nos despedimos!





# ACTO SEGUNDO.

---

## ESCENA I.

*El Rey, doña Constanza.*

CONSTANZA.

**E**s posible que un Rey á quien Constanza  
Mira como á su padre, de mis ruegos  
No se deje mover, y á pesar mio  
Querais apresurar un himenéo  
Que el recíproco amor, no la obediencia,  
Debiera consumir? ¿Por qué á don Pedro  
No reservais ese cuidado? Nada,  
Nada puede, señor, comprometeros  
A acelerarlo. ¿Acaso me he quejado  
De verlo diferido tanto tiempo?  
Bien sé que nuestra union fue sancionada  
Por los mas respetables juramentos;  
Mas no se fija el dia en los tratados.  
Solo á vuestra prudencia y vuestro celo.

Encomendó mi hermano el doble nudo  
Que asegura su dicha y su contento.

EL REY.

Ese noble teson no me sorprende:  
Es muy digno de vos; mas no consiento  
Mas dilacion, y fuera el consentirla  
A todos injurioso. Cuanto menos  
Os oigo murmurar, mas reconozco  
Que solo mi deber escuchar puedo.  
Mi determinacion ya está tomada.  
Don Pedro va á venir, y estoy resuelto  
A obligarle...

CONSTANZA.

Señor, por gracia os pido  
Nada precipiteis. ¿Entre los vuestros  
No contais mi interes? Si desde el dia  
Que vine con mi madre en complaceros  
Mi gozo se cifró; si mi ternura  
Y mi veneracion los halagüenos  
Nombres de padre é hija anticiparon,  
Dignaos conceder....

EL REY.

No sé qué debo  
Presumir de tan firme resistencia.  
¿Por ventura es el Príncipe un objeto  
Odioso á vuestros ojos? ¿Es su mano  
Indigna de la vuestra? No comprendo  
Por qué temeis su enlace. Hablad, Constanza.

Vos mirais á mi hijo con desprecio?

CONSTANZA.

Despreciarle Constanza! ¿Y es posible?

Yo esperara, Señor, con mas sosiego

Su respuesta, si digno de su cuna

No viese en él un héroe. Si la temo,

No os lo debo ocultar, es porque le amo.

Permitidme, señor, que en vuestro seno

Mi inocente secreto deposite.

Confidente mas sábio ni mas tierno

No pudiera encontrar. Desde el instante

En que á don Pedro ví, sentí en mi pecho

Un afecto hasta entonces ignorado

Y en el deber de amarle, lo confieso,

Mi dicha se fundó. Juzgad ahora

Cuanto mi amor sus inmortales hechos

Habrán acrecentado. Cuando oía

Referir sus hazañas contra el fiero

Africano ¡qué votos tan ardientes

Por su victoria dirigia al cielo!

¡Cuál mi pasión su gloria celebraba!

En fin al verle regresar cubierto

De honor y de laureles para siempre

Uní mi corazón á sus trofeos.

Mas á par del amor crece mi pena

Y mi acerbo pesar cuando contemplo

Su fria indiferencia. Mi amargura

Devoro y mis suspiros en secreto.

Sin embargo una débil esperanza  
 Me queda aún. Acaso lograremos  
 El término feliz de sus desvíos.

Algún dia, señor, podrá el exceso  
 De mi cariño enternecer su alma.

Esperad ese dia lisonjero,

Y evitadme el horror de una repulsa  
 Que fallecer me haria de despecho.

EL REY. 109

¡Hija mia, que así quiero llamaros,  
 Tal sabeis conmover mi tierno pecho  
 Y tan dulce á mi amor es este nombre!  
 Abandonad presagios tan funestos.

¿Cómo mi hijo á tantos atractivos  
 Podrá ser insensible? ¡Ah! no lo creo.  
 Hoy vereis su obediencia y su ternura  
 Disipar.... Mas él viene.

CONSTANZA.

Si mi afecto,  
 Si mi llanto, señor, os interesa....

EL REY.

Vuestra felicidad es cuanto anhelo.  
 Fiad en mí: cesad ya de afligirme  
 Con injustos temores.

## ESCENA II.

*El Rey, don Pedro.*

EL REY.

Ya los pueblos  
 Celebraron bastante tus conquistas,  
 Y es hora ya que á los marciales ecos  
 Sucedan los alegres parabienes  
 Y la solemnidad de un himenéo  
 Que júraron dos Reyes: premio digno  
 De las hazañas que por tanto tiempo  
 Le han suspendido; que estrechar debia,  
 Ya que es fuerza decirte lo que siento,  
 Mas el amor que la razon de estado,  
 Y que ofrece á tus votos un portento  
 De virtud y un tesoro de hermosura.  
 En verdad me sorprende el poco aprecio  
 Que haces de esta aliänza, y que consientas  
 Que á ser feliz te obliguen mis preceptos.

DON PEDRO.

Mas esperaba yo de un tierno padre.  
 ¿No os ha dicho bastante mi silencio?  
 Si le entendeis, si amais á vuestro hijo,  
 No me volvais á hablar de ese himenéc.

EL REY.

¿Qué dices, temerario? No sé cómo

Mi cólera reprimo. Pero quiero  
 Disimularte aún tanta osadía  
 Y apurar mi bondad. Yo no me ofendo  
 De ver tu desamor á la Princesa.  
 ¿Mas piensas que los Príncipes son dueños  
 De elegir una esposa? No, hijo mio,  
 De la ley general viven exentos.  
 Lejos del trono tan vulgar idea.  
 Si no siempre el amor permite el cielo  
 Que nuestros himenéos solemnice,  
 Esta dicha á los súbditos dejemos.  
 Nuestra gloria se funda en inmolarlos  
 Por la felicidad de nuestros pueblos.

DON PEDRO.

Esas severas máximas del trono  
 No es justo que se lleven al extremo.  
 Naturaleza tiene á pesar de ellas,  
 No os ofendais, señor, otros derechos  
 Mas justos, mas legítimos, mas santos.  
 El último mortal, el mas abyecto  
 Manda en su corazon; ¿y ha de privarse  
 De tan dulce y sagrado privilegio  
 Solo al hijo de un Rey? Mi excelsa cuna  
 ¿Por qué ha de condenarme al desconsue  
 De ser mi propio esclavo...? Mis palabras  
 Excitan vuestra saña, bien lo veo.  
 Yo mi perdon á vuestros pies imploro.  
 ¡Ah señor! Acoged mi humilde ruego

Con paternal oído. Sin dignaros  
 De consultar mi corazón primero,  
 Ofrecísteis mi mano á la Princesa.  
 Su virtud, su belleza sin ejemplo  
 No os dejaban dudar de mi ternura....  
 Mas, señor, un obstáculo secreto  
 Que no es dado vencer al pecho mio  
 Me obliga á rehusar ese himenéo.  
 Señor, yo no he nacido para ella:  
 Fuerza es decirlo. Sé que es un mode' o  
 De perfeccion; pero ni puedo amarla  
 Ni lo podré jamás. Si en algun precio  
 Mi existencia teneis; si he dado pruebas  
 De mi filial amor y mi respeto;  
 Si de algunas virtudes fuí dotado,  
 Si vuestro augusto solio defendiendo  
 Me he mostrado hijo digno del mas grande  
 De los Reyes, ceded á los derechos  
 De la sangre, señor. Yo los reclamo.  
 Revocad tan tiránico decreto.  
 ¡Ah! No me reduzcais á la desgracia  
 De ser rebelde á un padre que venero.  
 La desesperacion puede arrastrarme  
 A tan horrible y criminal exceso.

EL REY.

Yo te amo, sí, y hubieras ya sufrido  
 La pena de tu ciego atrevimiento,  
 Sí, á pesar de mi enojo, aun no dudase

Mi excesiva bondad llamarte reo.  
 Mas no creas que falte á mi palabra.  
 ¿Pretendes que me sirva de pretéxto  
 Tu injusta y caprichosa indiferencia  
 Para violar los santos juramentos  
 Que sellaron mi alianza con Fernando  
 Y hoy mismo he confirmado? Si los pueblo  
 Con la fe de sus Reyes no contasen,  
 ¿Su magestad sagrada qué respeto  
 Infundiera? Tan puro como el ara  
 Su trono debe ser en todo tiempo,  
 Y sus tratados firmes, inviolables  
 Como lo son del cielo los decretos.  
 ¿Quieres romper tan sacrosantos nudos  
 Y á una guerra cruél comprometernos?  
 ¿Que Fernando, sensible á tanto ultrage,  
 Penetre vengativo en nuestro suelo,  
 Y que rios de sangre....

DON PEDRO.

¿Contra Alfonso  
 Qué podrán sus furores? Vuestro esfuerzo  
 No tema provocar á un enemigo  
 Que podeis abatir. Estando cierto  
 De vencer en la lid, nadie la teme.  
 Siempre, señor, vuestros pendones regios  
 Coronó la victoria, y yo, yo mismo  
 A vencer aprendí de vuestro ejemplo.  
 Coged las palmas con que Marte os brinda:



Dilatad los dominios del imperio:  
 Sujetad la Castilla: vuestras leyes  
 Dictad á todos los vecinos pueblos.  
 ¡Feliz yo, peleando á vuestro lado,  
 Si con mi sangre vuestra gloria sello!

EL REY.

Esa loca arrogancia no es mi regla.  
 Tú hablas como soldado: yo procedo  
 Como Rey. ¡Justo Dios! ¿Quién de mi solio  
 Va á ser y de mis glorias heredero?  
 Un jóven temerario, á la perfidia  
 Y á la desolacion siempre dispuesto,  
 Que en nada cuenta el bien estar, la sangre  
 De sus vasallos.... ¡Ah! Yo compadezco  
 A Portugal del hórrido destino  
 Que le prepara tu ambicion sin freno.  
 ¿Destinó Dios acaso los Monarcas  
 A bárbaras conquistas? ¿Fué su objeto  
 Los pueblos someter á nuestras leyes  
 Para que en su miseria nos gocemos,  
 Y su dicha, su paz, su propia vida  
 Sean juguete del capricho nuestro?  
 Juzga mejor del trono y las sagradas  
 Obligaciones del poder supremo.  
 Sábios depositarios de la sangre  
 De todos nuestros súbditos, debemos  
 Antes sus padres ser que sus señores:  
 Debemos dirigir nuestros esfuerzos

A su prosperidad mas que á la nuestra,  
Y hasta la vida aventurar por ellos.  
La paz, la guerra, todo á su ventura  
Debe mirar, y siempre que el exceso  
De un valor indiscreto, de una gloria  
Imprudente á su bien anteponemos,  
Nuestro augusto caracter desmentimos.  
Piénsalo bien. El dia no está lejos  
De mi muerte. Recuerda tus deberes,  
Recuerda de un buen padre los consejos  
Cuando asciendas al trono soberano.  
Entre tanto no olvides que yo reino.  
Cese tu resistencia. Mi palabra  
Está empeñada y respetarla debo.  
No rehuses tu mano á la Princesa.  
Ella te ama y... en fin yo te lo ordeno.

DON PEDRO.

Soy vuestro hijo, soy vuestro vasallo:  
Lo sé, mas.... yo no puedo obedeceros.

### ESCENA III.

*El Rey, don Pedro, la Reina, doña Inés.*

EL REY.

Señora, ¿quién jamás lo imaginára?  
Mi hijo.... de decirlo me avergüenzo,  
Resiste mis deseos. El ingrato

Es inflexible á mi cariño tierno  
Y á mis bondades. La solemne afrenta  
Que hace á Castilla, á todos ha cubierto  
De un eterno baldon: á vuestra hija,  
A vos, á mí. ¡Oh furor! ¿Y su escarmiento  
Aun puedo suspender? Quizá le impele  
Otra pasión á tan culpable exceso.  
Si descubro su cómplice....

LA REINA.

Miradla.

EL REY.

¡Inés!

INÉS.

¡Yo!

EL REY.

¡Y es posible!

LA REINA.

Sí: don Pedro

De sus débiles gracias seducido,  
O de sus artificios, que es mas cierto,  
Sacrifica una hija que idolatro  
A su villano amor. No, no mintieron  
Mis sospechas. Los ojos del Infante  
Siempre fijos en ella, hace ya tiempo  
Que me anunciaban tan funesta nueva.  
No ha mucho que á la pérfida exponiendo  
Mis pesares, leía en su semblante  
El delito. Sus ojos no pudieron

El llanto contener, y á pesar suyo  
Ví en ella de mis iras el objeto.  
No bien me separé, los dos amantes  
Se han visto, se han hablado de secreto,  
Y al separarse en lágrimas bañados  
Ambos han confirmado mis recelos.  
Notad su agitacion.... Ved como tiembla.

INÉS.

¡Ah señor! No creais.... Saben los cielos....

DON PEDRO.

No me ofendas, Inés, con disculparme.  
Señor, yo la amo y me glorío de ello.

EL REY.

¡Temeraria!

DON PEDRO.

En mí toda vuestra saña  
Debeis saciar. Yo solo la merezco.  
Inés no es criminal, y....

EL REY.

Calla, ingrato.  
Señora, á vuestras órdenes la entrego  
Mientras se justifica. Vigiladla,  
Y hacedla custodiar en su aposento.

DON PEDRO.

¡Ah! ¡Y en sus manos....

EL REY.

Sal de mi presencia  
Y no me irrites mas. Oye: tus yerros

Bien puedes reparar en este día.  
Si espira y obediente no te veo  
Dejo de ser tu padre. Vete.

INÉS.

¡Oh pena!

DON PEDRO.

No os replico, señor, pero yo tiemblo  
Por la mísera Inés. Sin mí.... Yo parto.  
No os admireis si delincuente vuelvo.

## ESCENA IV.

*El Rey, la Reina, doña Inés.*

EL REY.

Ya está visto: el ingrato menosprecia  
Mi autoridad. ¿Qué haré? Piadoso cielo,  
¿Seré Rey? ¿Seré padre? ¿Qué partido  
He de tomar?... Morir de sentimiento.

## ESCENA V.

*La Reina, doña Inés.*

LA REINA.

He aquí las funestas consecuencias  
De tu temeridad; mas del despecho,  
Del ódio de una madre á quien ultrajas  
No te libertarás. No, yo no puedo  
Ver desairada á mi hija impunemente.

Quizá, si creo á mi furor inmenso,  
No bastará tu sangre á mi venganza;  
Y el Príncipe cruél. .. ¡Ah! Ya te observo,  
Tú pierdes el color cuando le nombro.  
Su peligro redobla tu tormento.  
De vuestra criminal inteligencia  
Cuanto mas me aseguro, mas violento,  
Mas fiero es mi rencor. ¡Tiembla, infelice!

ESCENA VI.

*La Reina, doña Constanza, doña Inés.*

LA REINA.

¡Hija!

CONSTANZA.

Señora, ¿qué fatal suceso  
Debo temer? de cólera inflamado  
Ví al Príncipe salir, y al Rey inquieto,  
Irritado, confuso. ¿Qué desgracia....

LA REINA.

El Príncipe se niega á tu himenéo.  
He aquí el infame origen de tu oprobio.  
Guardias llevadla. Tan cruél desprecio  
Yo le sabré vengar aunque perezca.

CONSTANZA.

¡Oh madre! Perdonadla, os ruego.



# ACTO TERCERO.

---

## ESCENA I.

*El Rey, la Reina.*

**EL REY.**

Que venga, sí: apelemos al socorro  
De la prudencia, y de mi justa saña  
Interrumpamos el violento curso.  
El cielo me lo inspira. De su alma  
Penetrar me prometo los arcanos.  
Hacedla conducir: yo quiero hablarla.  
Quiero saber si es digna de castigo,  
O merece perdon.

**LA REINA.**

¿Pues qué, no basta  
La ternura que al Príncipe ha inspirado  
A hacerla delincuente? Mas su audacia  
No se contenta con sufrir que la amen.  
Ella fomenta tan culpable llama.  
Y lisonjea su insolente orgullo

Al ver el himeneo de Constanza  
 Frustrado por su causa. Ella aventura  
 Su libertad, su vida, y aun su fama  
 Por conservar su criminal conquista.  
 Uno de sus criados me lo acaba  
 de confesar: el Príncipe guiado  
 De la indigna pasión que le avasalla  
 La vé todos los días en secreto.  
 No extrañaré, Señor, que esa malvada  
 Le incite á rebelarse. ¿Y es posible  
 Sufrais que de sus crímenes se aplauda,  
 En vez de intimidar con su castigo  
 A las que se atrevieren á imitarla?  
 Vos teméis incurrir en un exceso  
 De rigor; ¿pero cuál de una insensata  
 Piedad sería el fruto? El mundo viera  
 Una Inés cada día que intentara  
 Seducir á los hijos de los Reyes.  
 No faltarán astutas cortesanas  
 Que en la edad juvenil, siempre dispuesta  
 A los vanos placeres, ciega, incauta,  
 Osarán en sus mismos Soberanos  
 Un esclavo buscar. De tal infamia,  
 De tal escollo libertad prudente  
 A vuestros hijos.... El terror abata  
 De esas fieras beldades el orgullo.  
 Hacedlas conocer cuanta distancia  
 Hay desde el trono hasta su humilde suerte;



escarmienten de Inés en la desgracia.

EL REY.

En el primer impulso de mi enojo  
como vos yo queria exterminarla;  
pero un Rey ceder debe á la justicia,  
jamás al furor de la venganza.  
Fandad que al punto se presente.

## ESCENA II.

EL REY.

¡Oh cielo!

Qué deplorable suerte me amenaza!  
Yo temo á cada instante que de un hijo  
la ciega obstinacion inesperada  
me reduzca al doloroso extremo  
de castigar su culpa temeraria.  
Permitid, justo Dios, que se arrepienta,  
y Alfonso pueda ser padre y monarca!  
Yo de sus votos el fatal objeto  
le voy á arrebatár. ¡Con la esperanza  
pueda espirar su amor, y otro más digno  
vuelva á mi pecho la perdida calma!

## ESCENA III.

*El Rey, doña Inés.*

EL REY.

Acércate: no temas. Quizá esperas

De la boca de un Rey á quien agravia  
 Oír una sentencia rigorosa.  
 Inés, tú siembras la discordia insana  
 En mi familia, y á ominosa guerra  
 Vas á incitar las armas castellanás  
 Contra tu patria misma. Sin embargo  
 No puedo persuadirme que olvidada  
 De tus deberes el amor apruebes  
 De un jóven imprudente, y que tu alma  
 Tenga parte en el crimen de tus ojos.  
 No obstante tu virtud, pueden tus gracias  
 Haber ocasionado los pesares  
 Que el corazon de un padre despedazan.  
 En fin todo lo olvido y lo perdono;  
 Nada reprendo, ni averiguo nada;  
 Pero es preciso todo repararlo,  
 Y á este solo designio eres llamada.

INÉS.

Siempre creí que un Rey justo y benigno  
 De mi suerte infeliz se lastimára,  
 Y antes de suponerme un negro crimen....

EL REY.

Oye, Inés: las virtudes, las hazañas  
 No olvido de tus claros ascendientes.  
 El trono portugués á sus espadas  
 Es deudor en gran parte de su gloria.  
 Vuestra sangre en la córte, en la campaña  
 Siempre ilustre, jamas envilecida,

Solo cede á la mia en Lusitania.  
 Sobre todo no olvido que tu abuelo  
 fue el apoyo y la guia de mi infancia.  
 El me enseñó á reinar. La virtud misma  
 dictaba sus consejos, y á sus sábias  
 lecciones soy deudor de los aplausos  
 con que el mundo me honra. Quien le ensalza  
 de este modo ¿podría serle ingrato?  
 Solo: justo es que mi deuda satisfaga.  
 Recibe tú la digna recompensa  
 de las virtudes que sus nobles canas  
 supieron inspirarme. Don Rodrigo  
 es de mi sangre: yo sé bien que te ama.  
 Mil veces me ha rogado consintiese  
 en vuestra union. En fin á sus instancias  
 cedo gustoso, y tan feliz enlace  
 no puede nunca mancillar mi casa.  
 Tu elevacion, al pueblo lusitano  
 hará bien conocer cuanto me es grata  
 de un tierno y fiel amigo la memoria:  
 que quien forma un Rey casi le iguala.

INÉS.

Sus servicios, Señor, de mis mayores  
 no son tan importantes, y es sobrada  
 recompensa el honor de haberlos hecho.  
 Cumplieron su deber: esto les basta.  
 Pero si, demasiado generoso,  
 hasta su misma obligacion sagrada

En mí quereis premiar; humilde os ruego.  
Por único favor, por toda gracia,  
Me dejéis disponer de mi albedrío.  
La fe que don Rodrigo me consagra  
Me confunde, señor, pues no me es dad  
Merecer sus finezas, ni pagarlas.  
¿De qué me serviría ese himeneo?  
¿De qué tan alto honor, si nunca el alma...

EL REY.

Basta: te entiendo. Tu language altivo  
Confirma mis sospechas. ¡Tú desairas  
A un Príncipe!... Ya veo los excesos  
A que ese orgullo criminal te arrastra.  
¡Qué! ¿te reservas para el hijo mio?  
¿Eres tú; son tus perniciosas gracias  
Las que le han sublevado contra un padre  
Quizá os pesa á los dos de que la Parca  
Tarde en cortar mis importunos dias.  
Mi vida es un obstáculo á esa llama  
Pérfida y ambiciosa. Ese rebelde  
Aspira á la diadema soberana  
Solo por coronarte.... ¿Y quien, quién sa  
Si la severa ley por tí violada,  
Un secreto himeneo ha consumado  
Vuestro crimen?

INÉS.

Señor....

EL REY

Si por desgracia

Lo llego á averiguar, ¡tiembla! no esperes  
 Piedad de mí. Al momento tu garganta  
 Expiará en el hórrido cadalso  
 Tan enorme atentado.... La que osada  
 Fuere al delito que de tí recelo,  
 Por una ley á la postrer infamia  
 Es condenada en público suplicio:  
 Tu mismo abuelo á quien mi voz alaba  
 La dictó; no lo ignoras, y á sus ruegos  
 Juré solemnemente su observancia  
 Hasta en su sangre misma. ¡Parecía  
 Presagiar que tan torpe indigna mancha  
 Un dia empañaria su pureza!....  
 Inés! bien me conoces. Tus plegarias  
 Intentarian desarmar en vano  
 Mi inflexible justicia. ¡Desgraciada  
 De tí si justificas mis temores!

## ESCENA IV.

*El Rey, la Reina, doña Inés.*

LA REINA.

Corred, señor, corred.... El pueblo en armas  
 A la voz de don Pedro se subleva.  
 Arde do quiera la tremenda llama  
 De negra rebelion. El acaudilla.

La ilusa multitud que le proclama  
Su Soberano, y la culpable huella  
Guia furioso hácia el real Alcázar.

EL REY.

¡Oh atentado! ¡Oh desgracia que ni pude  
temer ni prevenir! Seguidme, guardias.

ESCENA V.

*La Reina, doña Inés.*

LA REINA.

¡He aquí tu obra, pérfida!

INÉS.

Señora,

Excusadme el ultraje y la amenaza.

Por mas grave que sea vuestra pena,

La mia aun es mayor. Solo os alarma

El peligro de Alfonso. ¡Ah! Si perece

Don Pedro, se terminan vuestras ansias.

Yo por el padre y por el hijo tiemblo.

Venza, ó fuere vencido en la demanda,

Temo y lloro del Príncipe la muerte,

Temo y lloro su crimen.

LA REINA.

Inhumana.

¿Qué osas decir cuando al infando crimen

Le arrastra tu ambicion? Si no aprobáras

Esa pasion frenética, si al menos

No la inflamáras tú con la esperanza....  
¡Mas por qué pierdo el tiempo en reflexiones?  
El Príncipe te ama: esto me basta.  
Te ama, sí; y yo de muerte te aborrezco.  
Crímen es vuestro mi fatal desgracia  
Y al cielo plegue que los dos... ¿Quién llega?  
¡O Dios! Don Pedro. ¡Y la alevosa espada  
Brilla desnuda en su iracunda mano!  
¿Qué habrá sido del Rey? <sup>1</sup>

ESCENA VI.

*Don Pedro, doña Inés.*

D. PEDRO

Ya de la rabia  
Libre te ves de tu enemiga fiera.  
Ven; mi adorada Inés.

INÉS.

¡Oh desdichada  
Mil veces yo! ¿Por conservar mis días  
Ay! era justo que al deber faltárais?  
Un hijo ingrato, un súbdito rebelde  
Será el objeto de mi pura llama!  
¡Buen Dios! ¡he aquí de nuestra union funesta  
El lamentable fruto! ¡Ah! ¡cómo mi alma  
Reconoce su crímen en el vuestro!

---

<sup>1</sup> Sale precipitada.

¿Qué miro? Y esa espada ensangrentada...  
¿Dónde?... Yo tiemblo... ¿Acaso en vuestro  
padre....

DON PEDRO.

¡Ah! ¡qué horrible sospecha! No: mi saña  
Supo evitar el parricida golpe.  
Apenas á las puertas del alcazar,  
A mi padre diviso combatiendo,  
Huyo su encuentro; dejo á las espaldas  
Al pueblo conmovido; otro camino  
Me abre el furor por medio de las guardias  
Hasta llegar á tí, y el que se atreve  
A resistirme con la vida paga.  
¿Qué esperas? Ven, Inés,

INÉS.

¡Ah! no. Al deli

Temo solo. La muerte no me espanta.  
Corred á defender á vuestro padre.  
Salvadle del peligro y á sus plantas  
Rendid humilde el sedicioso hierro.  
Si no os es dado merecer su gracia,  
A sus ojos morid. Cuando yo os pierda  
Inocente, mi suerte será infausta,  
Pero mayor será mi desconsuelo  
Si el negro crimen á mi esposo salva.

DON PEDRO.

Deja que al menos tu preciosa vida  
Asegure primero, y de mi audacia



Imploraré perdón. ¡ Ah! Por tí temo,  
Por tí sola las iras del monarca.  
Ya te lo he dicho: mientras tú peligras  
Ningun respeto á contenerme basta.

INÉS.

Recobrad, recobrad vuestra inocencia.  
Si mi amor, si mi fe, si mi constancia  
Pueden algo con vos, dadme por premio  
Vuestros remordimientos. ¡ Virtud santa,  
Inspírale!

DON PEDRO.

Resuelve...

INÉS.

Ah; perdonadme;

Yo prefiero morir.

DON PEDRO.

Bárbara ingrata

¿ Rehusas mi socorro?

ESCENA VII.

*Don Pedro, doña Constanza, doña Inés.*

CONSTANZA.

Huid, don Pedro,  
Si amais la vida. Vuestro padre acaba  
De dispersar á la insolente turba  
Con sola su presencia soberana.  
La magestad con el furor unida

Confunde á los rebeldes, y la calma  
Restituye á Lisboa. Huid. Él viene...  
Su cólera tal vez.

DON PEDRO.

¿Y vos, Constanza,  
Por mi vida temblais? ¡Oh generosa  
¡Princesa! Yo merezco vuestra saña  
Mas que vuestra piedad.

CONSTANZA.

Señor, yo veo  
Vuestra cara existencia amenazada,  
No mis injurias. El rencor ahora  
De crüel y de vil me acreditará.  
Huid, no perdais tiempo. En hora buena  
Os siga mi ribal afortunada.  
Vivid, y todo os lo perdono.... ¡Oh cielos!  
¡El Rey!

### ESCENA VIII.

*Los precedentes, el Rey, la Reina*

EL REY.

¡Traidor! ¿qué dudas? ¿á qué aguardas?  
¿Está tu brazo pronto al parricidio?  
Rinde esa espada, pérfido, ó traspasa  
con ella el seno paternal. Elije.

DON PEDRO.

Señor, esas palabras me la arrancan

De la mano. Mi pérdida es segura:  
 Lo sé. Os conozco bien. No me acobarda.  
 El peligro. Mi vida vale poco  
 Y quiero á mi deber sacrificarla.  
 Mi culpa castigad. Pero á lo menos  
 Halle, señor, en vuestro pecho gracia  
 La inocencia ultrajada y desvalida.  
 Por libertar á Inés tomé las armas:  
 No ha sido otra la causa de mi crimen.  
 Al destino cruél que la amenaza  
 Ella misma ¡oh virtud incomparable!  
 Se quiere abandonar. ¡Desventurada!  
 Mis ruegos, mi despecho no han podido  
 Reducirla á la fuga; y su tirana,  
 Su implacable enemiga.... ¡Ah! No hay re-  
 medio.

Ella muere, si el cielo no la salva.

EL REY.

¿Qué dices, infeliz? Mas la condenas  
 Cuanto mas te interesas en su causa.  
 ¡Tiembla por tí y por ella!

DON PEDRO.

Si es preciso

Que Inés perezca, la menor tardanza  
 En mi suplicio puede ser funesta.  
 Apresuradlo: mi cabeza caiga.  
 Un vengador tendrá mientras yo aliente.  
 ¿Y quién, viéndome libre, quién osára

Perecer á mis ojos? Vos tan solo  
 Y la Princesa de mi ciega rabia  
 Podríais libertaros. A torrentes  
 Se veria correr la sangre humana,  
 Y dejaria á los futuros siglos  
 Padron eterno de mi atroz venganza.

EL REY.

Soldados, apartadle de mi vista.  
 Guardadle con atenta vigilancia  
 En su mismo aposento. <sup>1</sup> ¡Hijo culpable!  
 ¡Hijo ingrato y rebelde! ¿A qué desgracia  
 Reduces á tu padre? ¿Será fuerza  
 Inmolar una vida tan amada?  
 ¡Oh justicia terrible! ¡Oh trono amargo!....  
<sup>2</sup> Llevaos á Inés. No me sigais, Constanza.  
 Ya veis mi situacion. La virtud misma  
 Me es importuna y mi dolor agrava.

---

1 Parte don Pedro con los soldados.

2 A la Reina, que se retira con doña Inés.



# ACTO CUARTO.

---

## ESCENA I.

EL REY.

¿ Haced venir al Príncipe. ¡Oh conflicto!  
¿Cuál de tan triste vista, cielo santo,  
El éxito será? si por desgracia  
Aun desprecia mis leyes obcecado  
Veré á mi hijo por la vez postrera.  
¿Le habré obtenido ¡oh Dios! despues de tantos  
Y tan ardientes votos: de su infancia  
Habré yo mismo el vacilante paso  
Dirigido á la gloria y las virtudes;  
Habrá ribalizado en tiernos años  
Con los mayores héroes, para verle  
Con mas dolor morir en un cadalso?  
¿Será un don de la cólera del cielo?  
El era mi consuelo. ¡Ay! á su lado

Veía alegre declinar mis días.

En el digno heredero de mis lauros

Creía renacer, y dar á un tiempo

Un rey y un bienhechor á mis vasallos.

¿Qué se han hecho mis dulces esperanzas?

Ya solo eres objeto infortunado

De una justa venganza. ¡Ellos te pierden

Y tu padre infeliz! ¿Y cómo salto

A la justicia? ¡Ah! ¡nunca! Tu suplicio

Es un bien que les debo. ¡Horrible fallo!

¿Y yo he de pronunciarle? ¿Y me resuelvo

A cumplir un deber tan inhumano?

¿Y tú, naturaleza, lo consientes?

Yo debo condenarte, y cuando trato

De seguir la virtud, siento en el alma

Del crimen el horror. Aquí gritando

Me está una voz secreta que disculpa

Con tu excesivo amor tus atentados.

Yo te he visto á pesar de tu delirio

Y en medio de tus locos arrebatos

Nunca faltar á la filial ternura

Y morir de despecho y de quebranto

Sin poder decidirte á aborrecerme.

¿Pero qué digo? ¿Al paternal halago

Sucumbirá la magestad suprema?

No: al título de rey augusto y sacro

Ceda el de padre. Abandonar el trono

Es fuerza, ó sus derechos ultrajados.

Resolverse á vengar. Al delincuente  
 Lloremos, su suplicio decretando.  
 Sí: Portugal admire mi justicia.  
 Consuele al justo, aterre á los malvados,  
 Y al ver que á un hijo no perdona, nadie  
 Se atreva á provocarla temerario.

## ESCENA II.

*El Rey, don Pedro.*

### EL REY.

El consejo va pronto á reunirse,  
 Príncipe, y la sentencia que yo aguardo  
 No debe sorprenderte, si tu furia  
 Recuerdas y tu enorme desacato.  
 La sumision empero y la obediencia  
 Pueden aun reparar crimen tan alto  
 Y alcanzarte perdon. Aun el cariño  
 Inclina á tu favor, bien que indignado  
 Mi corazon piadoso. Tú pudieras  
 Acabar de vencerle, si á mis brazos  
 Quisieras acogerte arrepentido.  
 Yo mismo te lo ruego, sí: y no tanto  
 Tu bien procuro como el mio propio.  
 ¡Ah! no quieras privar á un triste anciano  
 De su único consuelo. Yo te ofrezco  
 Todo olvidarlo como des la mano

Hoy mismo á la Princesa. Si te obstinas  
 En rehusar un nudo tan sagrado,  
 Tú te pierdes y yo de pena muero.

DON PEDRO.

Señor, soy criminal; pero dignaos  
 Conocerme mejor. Tened presente  
 Que vos mi corazon habeis formado  
 Magnánimo, insensible á las desgracias,  
 Impávido en los riesgos. Los mas árduos,  
 Los mas terribles mi valor desprecia.  
 ¿Y podríais, señor, sin sonrojaros  
 Verme temblar á vista de la muerte?  
 No. Del suplicio el fúnebre aparato  
 No alcanzará de mí lo que el respeto  
 Y el amor que os profeso no alcanzaron.  
 He aquí mis sentimientos. Condenadme.

EL REY.

Ah! ¿Por qué aumentas mi dolor amargo  
 Con tu fatal respeto? ¡Cruël! deja,  
 Ya que mi indignacion has provocado,  
 Que solo un hijo ingrato en tí contemple,  
 Un mortal enemigo sanguinario  
 Pronto á clavar en mi angustiado seno  
 El puñal parricida. Así mi brazo,  
 Mas firme en la justicia, castigára  
 Sin desesperacion tus atentados.

DON PEDRO.

Debo morir.



EL REY.

La vida yo te ofrezco.

DON PEDRO.

¿Qué he de hacer?

EL REY.

Obedece mis mandatos.

DON PEDRO.

Y me arrebatan mi adorada prenda!

Señor, á tanto precio no me es dado

Comprar vuestra bondad.

EL REY.

Que entren los Grandes. <sup>1</sup>

Y retirad al Príncipe.

### ESCENA III.

*El Rey, don Rodrigo, don Enrique y  
otros dos grandes del consejo.*

EL REY.

Sentáos.

Vuestras ardientes lágrimas me prueban

Cuanto os doleis de mi destino aciago.

¡: parece que todos como Alfonso

Teneis que condenar á un hijo amado.

---

1 A un guardia.

Mas la justicia sola nos domine  
 Y una tristeza inútil depongamos.  
 Aquellos que al consejo de un Monarca  
 El cielo destinó, solo su llanto  
 Deben al menosprecio de las leyes.  
 Todos sabeis que el Príncipe ha violado  
 La fe de los tratados venerable:  
 Que hoy mismo con las armas en la mano  
 Ha forzado este alcázar sedicioso,  
 Al fanático pueblo acaudillando  
 Que mi Trono y mi vida le ofrecia:  
 Que á la inicua faccion me ha abandonado  
 Contento con huir del parricidio,  
 Y que de su furor víctima caigo  
 Si el cielo y mi denuedo no me salvan.  
 Venganza clama el sόlio soberano.  
 Sabeis el crimen: ordenad la pena.  
 Vos, don Rodrigo, hablad.

DON RODRIGO.

Sabeis que amo  
 A doña Inés, señor. Tal vez hoy mismo  
 Me hubiérais hecho dueño de su mano  
 Si antes su corazon no dominara  
 El amor de don Pedro. ¡Y qué! ¿Mi labio  
 A mi propio rival quereis que juzgue?  
 Pues bien: yo os ruego consulteis humano  
 Vuestra propia clemencia. Todo debe  
 Por su vida, señor, interesaros.

De ella pende la gloria del imperio.  
 ¿Quién podrá sostenerla? ¿Quién guiarnos  
 Despues de vos por siempre á la victoria  
 Los régios estandartes tremolando,  
 Si don Pedro perece? Por mas grave  
 Que sea su delito, á disculparlo  
 Basta el menor de sus heróicos hechos.  
 Decís, Señor, que viola los tratados...  
 ¿Y se habrá de inmolar vuestra familia  
 Por solo el interes de un reino extraño?  
 Vuestro celo en cumplir lo prometido  
 Basta á justificaros. Ni Fernando  
 A Constanza querrá dar un esposo  
 Que solo deba al paternal mandato,  
 Quando el amor pudiera en otras córtés,  
 Sin ir humildemente á mendigarlos,  
 Corazones y cetros ofrecerla.  
 No negaré que violentó el palacio:  
 Convengo en su delito; mas no ha sido  
 Usurparos el trono su conato,  
 Ni menos atentar á vuestra vida.  
 Solo de Inés el riesgo le ha forzado  
 A un crimen, bien que enorme en la apa-  
 riencia,  
 leve en la realidad. ¿Merece acaso  
 a muerte porque quiso libertarla?  
 Sed en él un amante despechado,  
 no un hijo rebelde. Sed piadoso.

Restituidle Inés. Si es necesario  
Sea su esposa. ¡Oh Dios! ¡Con qué tormento  
Esta palabra sale de mis labios!  
¿Mas qué importa? Salvadle aunque yo muera.  
El es vuestro sosten: yo nada valgo.

EL REY.

Ese esfuerzo magnánimo y sublime  
Es digno de mi sangre. ¡Ejemplo raro  
De generosidad! A vuestra gloria  
Quereis sacrificar vuestros mas caros  
Y dulces intereses. Como un héroe,  
No cual severo juez, habeis fallado.  
Hablad vos, don Enrique.

DON ENRIQUE.

Apenas puedo  
Respirar de dolor. ¡Deber tirano!  
¡Buen Dios! don Pedro en el postrer combat  
Del alfange cruël del africano  
Salvó mi vida á riesgo de la suya.  
¿Me habrá librado su valiente brazo  
Para juzgarle ahora? ¿Y yo podría  
Sobrevivirle? El debe serme grato  
Mas que á su padre mismo. El ser os deb  
Y yo aliento por él.... Sé que á un vasallo  
De su deber no pueden eximirle  
Gratitud ni cariño. En este sacro  
Tribunal á mi Rey y á la justicia  
Solo debo mirar. Yo seré ingrato,

Mas no traidor. El Príncipe merece  
Pena de muerte. Buscareis en vano  
Perdon en nuestras leyes á su crimen.  
Los derechos, señor, que es necesario  
En su sangre vengar, no los de Alfonso,  
Son los del trono, son los del estado.  
No puedo proseguir.

EL REY.

Acabad.

DON ENRIQUE.

¡Cielos!

Señor....

EL REY.

Dad vuestro voto. Yo os lo mando.

DON ENRIQUE.

Si la piedad en su favor os rinde,  
No regirán el cetro vuestras manos  
Sino á merced de su capricho. El pueblo,  
Que se creerá temible, á cada paso  
Dispuesto á sublevarse, la discordia  
Civil encendería despreciando  
Vuestra impotente autoridad. Don Pedro  
Sería el verdadero Soberano,  
Y el título tan solo os quedaria....  
¡El me ha dado la vida, y yo inhumano  
Proscribo su cabeza! ¡Ah! muy en breve  
Le seguiré á la tumba.

EL REY.

¡Heróico rasgo!

¡Prodigio insigne de lealtad! ¡Y Alfonso  
 Menos recto sería? No. Cedamos  
 De la virtud al poderoso imperio,  
 Y de naturaleza el eco blando  
 Calle á la voz de la justicia santa,  
 Y vosotros.... Ya veo demasiado  
 Cual es vuestro dictamen. Ese triste  
 Silencio profundísimo, ese llanto  
 Mi deber me recuerdan. Yo condeno  
 A mi hijo. El bien estar de mis vasallos  
 Lo pide así. Si solo padre fuera  
 Yo le perdonaria. Consolaos.  
 Mi justicia liberta á vuestros hijos  
 De un injusto poder. El temerario  
 Que atropella las leyes, no conoce  
 Freno que le contenga ni atentado  
 Que no cometa. Preparad al reo.  
 La sentencia está dada. Retiráos.

## E S C E N A I V.

EL REY.

¡Inflexible justicia! ¿Estás contenta?  
 ¡Gloria inhumana que el teson romano  
 Eternizó en la fama, yo te ofrezco  
 Una víctima mas! Severo Manlio,

Inexorable Bruto, Alfonso imita  
Vuestra feroz virtud. Horrorizado,  
Como á vosotros, me venere el mundo.  
¡Oh Dios que dísteis fuerzas á mi labio  
Para dictar tan bárbara sentencia,  
Terminad con la muerte mi quebranto!

ESCENA V.

*El Rey, la Reina, doña Constanza.*

CONSTANZA.

¿Será cierto, señor? todo el consejo  
En lágrimas piadosas anegado  
Se separa de vos. Nuestra desgracia  
Leo en su rostro. ¡Ah! no temia en vano  
Vuestro rigor. ¡Vos condenais á un hijo!

EL REY.

El deber me lo ordena.

CONSTANZA.

¿Y confesarlo  
¿Podeis? ¿Y yo sin fenecer os oigo?

LA REINA.

O que tormento para un padre! ¡Cuánto  
Padecerá vuestra alma! ¡Era preciso  
Que su temeridad, su orgullo insano  
A la necesidad os redujera  
De castigar....

EL REY.

¿Por qué tan necesario  
 Su suplicio juzgais? Cuando prefiero  
 A mi amor mi deber; cuando inhumano  
 Me atrevo á condenarle, vos debiérais  
 Escuchar con horror y sobresalto  
 La bárbara sentencia, y dolorida  
 Implorar su perdon. Mas nada extraño.  
 ¡Hijo infeliz, no tienes una madre  
 Que me ayude á llorar tu fin infausto!

## E S C E N A VI.

*La Reina, doña Constanza.*

CONSTANZA.

Aprovechad tan plácido momento.  
 Redoble su ternura vuestro llanto;  
 Salvad á un infeliz. Volad ¡Oh madre!  
 Hablad al Rey: instadle: apresuraos.  
 Vos obtendreis su gracia.

LA REINA.

Ya le sigo;  
 Pero temo....

CONSTANZA.

Corred. En vuestras manos  
 El mas dulce anhelo del alma mia  
 Impaciente abandono.



ESCENA VII.

CONSTANZA.

<sup>1</sup> Un breve espacio  
Debo hablar con Inés: id á traerla.  
La Reina lo ha dispuesto.... No reparo  
En implorar socorro por salvarle  
De mi propia rival. Aunque á sus brazos  
Yo le viera volver. ¡Feliz si libro  
La preciosa existencia de quien amo!

ESCENA VI.

*Doña Constanza, doña Inés.*

CONSTANZA.

Don Pedro ha sido condenado.

INÉS.

¡Oh pena!

CONSTANZA.

Mi amor sabeis. No obstante sus agravios,  
Mis celos, mi pesar, yo no conozco  
Otro bien que su vida. No perdamos  
Los momentos. La Reina en este instante  
Ruega por él. Yo misma iré llorando

---

1 A un guardia.

A las plantas de Alfonso. ¡ Llanto inútil  
Contra un Rey tan severo! Es necesario  
Procuremos al Príncipe un apoyo  
Mas poderoso. Vos sabreis acaso  
Qué resortes, qué amigos en su auxilio  
Podrían emplearse. Yo me allano  
A hacer en su favor cuanto vos misma  
Haríais siendo libre. Bien fiaros  
Podeis de mí. Dictad vuestros consejos,  
Que aunque espire, estoy pronta á ejecutarlos.

INÉS.

No acierto á responderos.... ¡ Ah señora!  
Vuestra heróica bondad, mi sobresalto,  
Me confunden.... El Príncipe no debe  
A vuestros ojos ser mas que un ingrato,  
Yo una indigna rival; ¡ y vos....

CONSTANZA.

Pensemos

En salvar á don Pedro. Ambas le amamos:  
La virtud nos iguala, y otra gloria  
Que la de conservarle, otro conato  
No nos puede guiar.

INÉS.

¡ Princesa amable!


Vos confortais mi pecho atribulado.  
¡ Oh generosidad! ¡ Oh virtud suma!  
En mi duro conflicto aun veo un rayo  
De esperanza. Vos sola mi designio

Podeis facilitar si con recato  
Me obteneis una audiencia del Monarca.  
Habladle, y que no llegue á penetrarlo  
La Reina. Si él consiente en escucharme,  
Yo espero que don Pedro sea salvo,  
Y tal vez para vos.

CONSTANZA.

Dar á mi celo

Esa oferta no puede mayor grado,  
Y me ofendeis si así lo habeis creido.  
Mas noble es mi pasion. El dulce lauro  
De libertarle es todo cuanto anhelo.  
Idos. Yo voy al punto á procuraros  
Hablar al Rey. ¡Los cielos os concedan  
Enternecer su alma! Que apiadado  
Al Príncipe perdone, y nada importa  
Lo demas, si su vida aseguramos.



# ACTO QUINTO.

---

## ESCENA I.

*La Reina, doña Constanza.*

LA REINA.

¿Cuales son tus designios? ¿Con qué objeto  
Pides al Rey que escúche á esa perversa?  
¿Por qué, en vez de animarle á la venganza  
Mendigas con tu llanto injurias nuevas?  
¿Dos amantes odiosos y culpables  
Triunfarán de mi rabia y tu vergüenza!

CONSTANZA.

Sufrid que la virtud me haga dichosa,  
Y no culpeis, señora, mi clemencia.  
Así será menor la mengua mia.  
Sí: yo quiero vengarme: però á fuerza  
De beneficios. ¡Ah! cuando pisamos  
El suelo portugues, bien lo recuerda  
Mi gratitud, los pueblos bendecian

Los dones de Castilla. ¡ Con qué tiernas  
 Demostraciones recibidas fuimos!  
 Creyeron que conmigo la risueña  
 La hermosa paz venia.... ¡ Oh Dios! ¡ Y ahora  
 De la celeste cólera tremenda  
 Precursora he de ser? ¡ Yo encendería  
 De la discordia la horrorosa tea?  
 ¡ En la sangre de un hijo idolatrado  
 Teñir veria la paterna diestra?  
 ¡ Quéreis ¡ qué horror! que su dolor me acuse  
 De la muerte de un héroe, su halagüeña,  
 Su única esperanza?... ¡ Oh madre mia!  
 Mi pena acrece tan terrible idea.  
 ¡ Oh si Inés previniese tantos males!  
 Mi corazon aun no se lisonjea  
 De un éxito feliz; ¡ pero cuán cara  
 Me seria, señora, si por ella  
 Don Pedro se salvase!

LA REINA.

Tus bondades  
 Mi rencor y mi cólera acrecientan.  
 Haberte despreciado es un delito,  
 Que nunca yo perdonaré. ¡ Pudiera  
 ver con benignidad al inhumano  
 Que con tanto descaro menosprecia  
 Tu virtud y tus gracias? Ese monstruo  
 Es el solo mortal que se atreviera  
 A tan bárbaro ultraje. El es muy digno

De mi saña. ¿Qué madre á tal afrenta  
Insensible seria?

CONSTANZA.

¡Vos mi muerte

Deseais!

LA REINA.

¿Aun le amas? ¿Aun conservas  
Una indigna pasión?

CONSTANZA.

Sí: yo le adoro,  
Aunque ingrato. Excusadme la violencia  
De ese furor que el pecho me destroza.

LA REINA.

¡Culpable amor! ¡Hija infeliz! ¿Qué estrella  
Infausta te persigue?... Pero en vano  
Esa traidora conmover intenta  
El corazón del Rey. Yo no comprendo  
Cual su esperanza, cual su apoyo sea;  
Pero pocos instantes, lo aseguro,  
Aunque Alfonso revoque la sentencia  
Podrá gozar... No digo más. Mi encono  
Te deja tu virtud y tu inocencia  
Y carga con el crimen.

CONSTANZA.

¡Madre mía!

Salvadlos por mi amor.

LA REINA.

Tu amor me fuerza

A armarme contra ellos.

CONSTANZA.

¡Ah! Yo tiemblo.

ESCENA II.

*El Rey, la Reina, doña Constanza.*

EL REY.

No he podido, Constanza, á vuestras tiernas Lágrimas resistir. En este instante Conducida va á ser á mi presencia La infortunada Inés. Pero no espere....  
dos: ya viene.

LA REINA.

Contemplad que es ella  
La mas culpable.

CONSTANZA.

Oidla bondadoso,  
Y vuestra compasion ambos merezcan.

ESCENA III.

*El Rey, doña Inés, un Guardia.*

INÉS.

No dudo que á su Rey la voz doliente  
Inés dirige por la vez postrera.

Pero primero para cierto encargo  
 De que ya está informado y me interesa  
 Permitid que disponga de este guardia,  
 Y que vaya al momento....

EL REY.

Obedecedla.

INÉS.

No tardeis en volver.

#### ESCENA IV.

*El Rey, doña Inés.*

INÉS.

A pesar vuestro  
 Vos condenais á un héroe que venera  
 El mundo; á un hijo á quien amais y os ama  
 Esa frente, señor, toda cubierta  
 De triste palidez harto me dice  
 Que la piedad en su favor os ruega.  
 La justicia inflexible, bien lo veo,  
 Os ha arrancado la penosa ofrenda  
 De los mas halagüenos sentimientos.  
 Con la virtud mas firme y mas austera  
 Quereis del universo ser asombro.  
 Conozco bien cuanto dolor os cuesta  
 Tamaño sacrificio. ¡ Ah! Ni pretendo  
 Que os separeis de la terrible senda  
 Que el deber de Monarca os ha trazado.



ed justo.... ¿Mas del crimen la apariencia  
 castigareis como el delito mismo?  
 o es delincuente el Príncipe. Si huella  
 os tratados, señor; si de Constanza  
 el himeneo pertinaz se niega,  
 o le juzgueis por eso inobediente.  
 i arrebatáros quiso la diadema  
 penetrar armado en vuestro alcázar:  
 ¡h! Bien pudo probaros su inocencia  
 con sola una palabra. Ese silencio  
 generoso creyó ser una deuda  
 de su cariño, y por salvar mi vida  
 abandona al verdugo su cabeza.  
 ¡d pues la verdad. Yo soy su esposa.

EL REY.

¡esposa? ¡Oh Dios! ¿Qué escucho? ¿Y  
 tú, tú misma  
 lo dices? ¡Oh audacia sin ejemplo!  
 ¿caso esperas que de tí se duela  
 quien á su misma sangre no perdona?

INÉS.

señor; no. Mi confesion sincéra  
 me objeto mas noble y mas piadoso.  
 sola soy culpable: yo perezca  
 viva el inocente. Yo he violado  
 severa ley que me condena  
 muerte ignominiosa. Sus rigores  
 alcanzan á don Pedro. Mi terneza,

Mi sacrificio, la sublime dicha  
 De libraros á un hijo me consuelan  
 Y á mis ojos mi culpa disminuyen;  
 Pero es forzoso que á los vuestros sea  
 Una rebelde de piedad indigna.  
 Yo de las garras de la muerte fiera  
 Le arrebaté, señor, siendo su esposa.  
 Hoy tambien por librarle estoy resuelta  
 A subir al patíbulo... ¡ Ah! dos veces  
 Le habré salvado y moriré contenta.

EL REY.

No: esa piedad no puede desarmarme.  
 Yo me defenderé de tus cautelas,  
 De tu misma virtud. No será impune  
 Tu delito. Las leyes, mis ofensas  
 Piden satisfaccion, venganza piden;  
 Y la tendrán.

## ESCENA V.

*El Rey, doña Inés y dos niños conducidos por una nodriza.*

INÉS.

Pues bien: vengadas sean.  
 Para saciar vuestra implacable saña  
 Aquí teneis, señor, víctimas nuevas.  
 Sacrificad los frutos malhadados  
 De una union tan culpable y tan horrenda  
 A vuestros ojos. ¿Qué esperais? sed sordo

A los remordimientos. Nuestra pena  
 Será así mas terrible. Ellos y el mundo  
 Ignoran que su sangre es sangre vuestra.  
 Reconocedla y derramadla luego.  
 ¡Oh! dejad la justicia satisfecha  
 Exterminando al padre y á los hijos  
 El hierro mismo que á la madre hiera.

EL REY.

Desgraciada! ¿qué has dicho? ¡Oh Dios!  
 ¿qué objetos  
 Ofreces á mi vista?

INÉS.

No os ofenda  
 Mi language: el despecho me le dicta.  
 No negareis que á vuestra real diadema  
 Ambos tienen derecho.... Id, hijos míos:  
 Implorad humillados su clemencia.  
 Abrazad sus rodillas... ¡Ah! miradlos  
 Con ojos paternales. Vuestra excelsa  
 Sangre en ellos mirad, y no la mia.  
 Su candor y sus lágrimas merezcan  
 El perdón de su padre y vuestro hijo.  
 ¡Oh! de sangre la ley está sedienta,  
 Verted, señor, la mia. Solo os ruego  
 Que á mi adorado esposo oculta sea  
 Mi desastrada muerte. Él moriría  
 De rabia y de dolor si la supiera.

EL REY.

Id á buscar al Príncipe. Decidle  
Que Inés es suya; que á mis brazos vuelva  
Que todo lo perdono.

INÉS.

¡Justo cielo!  
Qué ventura sucedé á mi miseria!  
¡Mi juez se ha convertido en tierno padre  
Yo estoy fuera de mí... ¡Ah! ¡Quién creyera  
Que de gozo espirára á vuestras plantas  
Quien pensó de dolor morir en ellas?

EL REY.

Levántate, hija mia. En las caricias  
De estos dos niños que mi seno estrecha  
Empiezo ya á gozar los dulces frutos  
De mi benignidad. ¡Naturaleza!  
Tú has vencido. Mas valen tus derechos  
Que leyes, juramentos y promesas.  
Cuenta de hoy mas, Inés, con mi cariño  
Y mi constante proteccion. Conserva  
Al esposo que al fin te restituyo  
El tierno y puro amor que le profesas.

INÉS.

¡Qué es esto, santo Dios? La voz me falta.  
Las fuerzas me abandonan. En mis venas  
Arde la sangre. ¡Qué dolor! ¡Qué horribles

Convulsiones! Quitad de mi presencia,  
Retirad á mis hijos. Con su vista  
Mi martirio y mis ansias se acrecientan. x  
Esposo mio! tu fatal presagio  
Cumplióse al fin.

EL REY.

¡Oh bárbara fiereza!  
Oh perfidia! ¡oh venganza sanguinaria  
De implacable muger! ¿Aun esta prueba  
Me reservaba el cielo? ¡Miserable!  
Dónde huiré?

ESCENA VI.

*Los precedentes, D. Pedro y D. Fernando.*

DON PEDRO. 2

Vuestra bondad inmensa,  
Señor....

EL REY.

Déjame.

DON PEDRO.

¿Huis de vuestro hijo?  
Ah! permitid que á vuestras plantas régias  
Mi gratitud, mi júbilo demuestre.  
Yo me volveis á Inés; y tal fineza....

---

La nodriza se retira á un extremo con los niños.  
Sin ver á doña Inés ni á sus hijos.

EL REY.

¡Desventurado! en vano te la vuelvo....  
Mírala moribunda.

DON PEDRO.

¡Impía, horrenda  
Traición que clama al cielo! ¡Inés! ¡mi vida  
¡Oh tormento! La sangre se me hiela. <sup>r</sup>

INÉS.

A un tiempo, caro Príncipe, su gracia  
Y su suplicio Inés experimenta.  
No puedo, no, quejarme de mi suerte,  
Pues permite en mi hora postrimera  
Que vuestra esposa sin rubor me llame  
Y que un padre benigno lo consienta.

DON PEDRO.

¿Dónde está, dónde la inhumana furia  
Que la muerte te dió? Mi airada diestra  
Te vengará en su sangre abominable  
Aunque la esconda el centro de la tierra.

INÉS.

¡Ah señor! por piedad tranquilizaos.  
Contened esa cólera funesta.  
No pretendais vengarme. Vuestra vida  
La debéis al favor de la Princesa.  
Ella os ama. Yo os hice desgraciado.  
Sed su esposo. Feliz sereis con ella.  
Amad y consolad á vuestro padre.  
Y no olvidéis... Yo muero. A Dios.

( 71 )

EL REY.

¡Oh pena!

Retíradla.

DON PEDRO.

Dejadme que la siga.

Dejad, amigos, que con ella muera.

Oh desesperacion! ¡Oh rabia! ¡Oh crimen!

EL REY.

Qué vas á hacer? Detente.

DON PEDRO.

Inés es muerta,

Y me lo preguntais?

EL REY.

¡Hijo!

DON PEDRO.

Mi espada

Hasta su tumba me abrirá una senda.

¡Mas quién me la quitó? ¡Todos me venden!

Volvédmela, crueles.

EL REY.

¡Ah! modera

Tu furor temerario. Vive, ingrato,

Vive para tu padre. Considera

Que tu muerte al sepulcro me llevára.

Vive para la gloria si la aprecias,

Vive para la pátria, y en fin vive

Para tus hijos. Inocentes prendas

De un amor perseguido y desgraciado,

Enterneced su corazon de piedra.  
¡Huérfanos infelices! Vuestro padre  
Os quiere abandonar. <sup>1</sup>

DON PEDRO:

¡Ah, qué sorpresa  
¡Hijos míos! venid. Solo vosotros  
Me haríais tolerable la existencia.

---

1 Llegan los niños: don Pedro los acaricia enternecido.